

al sitio. No había nadie. Las piedras solas, encima la ropa. Se le nubló la vista. Se le subió una angustia que se quedó, por fin, atravesada en la garganta sin poder salir. Pero, luego, sonrió.

—Si me habré vuelto tonto. Ah, seguro está en el rancho, aunque es extraño que no esté aquí, esperándome, como todos los días...

Desmontó. Subió al rancho. Antes de llegar gritó:

—Rosa...

Silencio. Hasta el eco quiso callarse esta vez, porque casi no se oyó.

Ahora sí. La angustia se le volvió como cien cuchillos que le destrozaban el corazón por todas partes. Hubiera preferido morir a pasar esos momentos. Entró al rancho. Nadie. Gritó. Buscó. Llamó. Nadie. Soledad y silencio. La cara se le volvió grotesca, con los ojos fijos, como uno de esos ídolos que sus antepasados los chorotegas habían tallado en piedra. Se

quedó mirando el lecho vacío. Después, sin decir nada, cogió un cuchillo y salió en dirección de la vega del río.

*

El botero Santos lo contó todo en la taquilla del pueblo:

—Esa tarde la correntada del Tempisque era más fuerte. Estaba en mi bote, medio a medio del río, cuando de pronto miré las aguas cambiar un poco de color. Era algo extraño. Puse atención. Entre la correntada venía, dando vueltas, un inmenso lagarto con un cuchillo entre el pecho. Un poco atrás el cadáver sangrante de un hombre era también llevado por las aguas.

El botero calló un momento. Se tomó otro trago, escupió y dijo:

—Más adelante lo sacamos. Era el cadáver de Miguel Lara.

Allen Pérez Chaverri

Noviembre, 1944.

COSAS VISTAS

(En el Rep. Amer.)

Esperando

En la desembocadura del río, donde el mar recibe los torrentes de agua turbia y forma con sus grandes mareas enormes bancos de arena, adornándose con miles de cocos, descansa un pueblecito.

El soporta todos los años las furias del mar y las crecientes violentas del río; él vive la inmensa pobreza de una población de pescadores y se ilusiona con proyectos de empresas que tarde o temprano vendrán a explotar los bosques, las aguas y las gentes.

Así, abandonado de toda civilización, monótono y lánguido, descansa el pueblecito envuelto entre la bruma de la costa atlántica.

Junto al viejo muelle, troncos ruinosos cargados de parásitas, conchas, he observado un ranchito de palmas, humilde, lleno de sombras y que al mismo tiempo, tal vez, por la posición que ocupa, parece muy solo, como abandonado. En la pared, frente al muelle, hay una ventana y una cara de mujer que observa el mar, persistente, con mucha languidez y mucha dulzura.

Con el transcurso de los días observo más y más y voy adivinando entre la ventana que aquellos ojos tan negros, tan ansiosos de algo están llenos de sombras, están pidiendo una luz, están suplicando un consuelo. En su pelo tal vez unas hebras plateadas brillen, pero no puedo dejar de observar esos ojos, tan humildes y tan tristes. Inconsciente con el transcurso de los días, yo también permanezco en el muelle mirando el mar, con angustia y lle-

nándome de dudas y de sombras; permanezco muchas horas, no me importa el tiempo ni me intereso por nada; sólo vive en mí la preocupación de esos ojos negros que impasibles permanecen en la ventana, mirando a lo infinito, mirando el mar.

Ya en mí es una obsesión, tengo cita diaria con el muelle, tengo que estar ahí, sentado, mirando, y las horas y los días pasan y cada hora y cada día es peor, es un fuego que no me deja, es una inquietud desesperante y al mismo tiempo, ¡cuánta calma! Ahí sentado en el muelle horas y más horas mirando el mar, como esos ojos negros, que miran y miran y miran indefinidamente... Amanecía brumoso, y una vieja lancha se arrimaba al muelle, despacio, crujiendo su armazón. El acontecimiento se transformó en una enorme gritería de chiquillos, correr de gentes que se reunían en una esquina del muelle esperando que se repartiera la correspondencia. Ahí los encontré, ahí estaban, los ojos, los ojos negros. Ella esperaba como todos esperábamos, y al mirarle la ansiedad enorme que traslucía su cara fuí comprendiendo y más la entendí, cuando quedamos solos en el muelle y con las manos vacías... El atardecer caía con una lluvia muy suave. Allá en la ventana del ranchito ella estaba mirando el mar. La observé triste, sus ojos llenos de dudas y con destellos de reproches seguían tenaces mirando, siempre mirando el mar. La noche llegó oscura y llena de zancudos. Una inquietud enorme me llenaba de tristeza. Sin darme cuenta estaba junto al muelle, mirando el mar, comprendiendo todo lo que no sabía de unos ojos negros y tristes, llenándome de las amarguras de ellos, sintiendo lo que ellos habían sentido infinidad de noches.

Una carta que quizá no llegue nunca...

Un papel que tal vez no se ha escrito, y allá, en el silencio de un pueblecito abandonado, en un marco de una ventana unos ojos esperan llenos de angustias... ¡Y están esperando todavía!

Allá, por un caño del río...

Hacía unos años que habían llegado al lugar, tal vez buscando el refugio de una tierra tranquila o tal vez buscando nuevas tierras más fértiles para el maíz que alimentaría los nuevos retoños de la pareja de indios. Nadie supo del día en que llegaron ni nadie sabía cómo y en qué tiempo habían construido el rancho.

Fué una de las tantas cosas que presentan las grandes montañas.

Fabricaron su bote y cuando llegaron por primera vez al pueblo, para cambiar cueros de lagarto por tabaco y unos trapitos con que cobijar al indiecito que ya venía, los pobladores de la región se dieron cuenta de los nuevos vecinos. El idioma y las facciones, su tamaño pequeño, y un movimiento oscilante, como si llevaran una gran carga en la espalda, delató la raza de los "mosquitos".

Nadie logró hablar con ellos más que las palabras necesarias para hacer el intercambio de productos. Nadie supo de ellos nada.

La vida monótona del río transcurrió serena. Los años se fueron amontonando y la pareja de mosquitos vivió llenándose de indiecitos salvajes, de ojos negros llenos de temor.

En el pueblo se hablaba de una milpa grande, allá por un caño del río, de yuca y otros cultivos que habían logrado ver los cazadores a su paso. Pero nunca se vió que llegaran a vender sus cosechas, por lo que esos informes no tuvieron importancia.

Cierta vez, al llegar una lancha los marineros contaron que un indio, allá por un caño del río había salvado a uno de los pasajeros, y admiraron la destreza de sus movimientos en el agua. En el pueblo todo mundo habló ese día del mosquito, pero pronto se olvidó y el pueblo siguió amontonando los años.

El invierno pasado fué fuerte. El río creció como nadie lo había visto antes. Las turbias aguas arrastraron animales y grandes árboles que pasaban a una velocidad fantástica. El cielo cubierto de nubes no dejó de chorrear agua durante muchas semanas y el río crecía cada vez más.

Con los días vino la calma. Los trabajos prosiguieron y la vida se reanudó cansada, monótona.

Los cazadores llegaron contando que al pasar, allá por un caño del río, adonde vivía un mosquito no existía nada. El agua había arrasado las milpas y el rancho; sólo una enorme charca quedaba de los terrenos cultivados.

Esa tarde el pueblo volvió a hablar de los mosquitos, pero pronto se olvidó y los años siguen amontonándose sobre la aldea monótona y cansada.

Bajo la lluvia

Llovía fuerte, gruesas gotas estaban cayendo desde muy temprano. Las charcas se llenaban y el río crecía lentamente.

En el cielo plomizo parecía que toda el agua del mar estuviera en él, y cuando la brisa meneaba las palmeras y los cocos, caía el agua más fuerte, dejando como bramidos flotando en el aire.

Asomándose al interior del rancho y

Si Ud. reside en la Rep. Argentina, suscríbese al **Repertorio Americano** por medio de la:

AGENCIA INTERNACIONAL DE DIARIOS

A. BARNA e HIJO — Buenos Aires
Lavalle 379 - U. T. 31.
Retiro 4513